Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 63 – 30 de Octubre de 2015

ESPECIAL

José Antonio, hoy (5 de 6)

1. **La democracia y las elecciones en el Discurso de la Comedia,** *Gustavo Morales*
2. **Con ánimo de adivinación,** *Francisco Torres García*
3. **Especulación con un imposible,** *Francisco Díaz de Otazú*
4. **Un 29 de octubre vigente,** *José Mª Álvarez Cuartas*
5. **La Falange traicionó a José Antonio,** *Ceferino Maestú Barrio*
6. **Sin ataduras,** *Enrique de Aguinaga*
7. **Un breve comentario sobre el 29 de octubre,** *Jesús Flores Thies*
8. **29 de Octubre,** *Luis Miguel Villegas*

ESPECIAL

La democracia y las elecciones en el Discurso de la Comedia

Gustavo Morales

En el discurso de la Comedia José Antonio saluda con una afirmación belicosa: «como corresponde al laconismo militar de nuestro estilo». No es baladí una primera evocación al ejército donde rige la disciplina y la jerarquía. José Antonio fue oficial. Pero no eligió la milicia, de tradición familiar, sino el Derecho. Pese a sus circunstancias familiares, no es un guerrero. La profesión de las armas era la tradicional en sus dos apellidos y él fundará un partido uniformado al gusto de la época pero entre Milicia y Derecho, optó por la ley de los hombres.

Tras ese saludo inicial, su crítica a Rosseau es demoledora. Le acusa de ser responsable de que la verdad dejara de ser. «Vino a decirnos que la justicia y la verdad no eran categorías permanentes de razón, sino que eran, en cada instante, decisiones de voluntad». Kant, Hegel y Nietzsche llaman categorías de la razón a la unidad, la totalidad, la verdad, el ser. José Antonio desvela ahí su fe en un orden superior, seguro, que ha sido arrastrado a las urnas. No improvisa en sus palabras. Ya no es un universo tomista sino el resultado en cada momento de la voluntad superior de las mayorías expresada en las urnas.

Consecuentemente José Antonio critica como «esa voluntad soberana, sólo se expresa por medio del sufragio –conjetura de los más que triunfa sobre la de los menos en la adivinación de la voluntad superior–, venía a resultar que el sufragio, esa farsa de las papeletas entradas en una urna de cristal, tenía la virtud de decirnos en cada instante si Dios existía o no existía, si la verdad era la verdad o no era la verdad, si la Patria debía permanecer o si era mejor que, en un momento, se suicidase». Un estado espectador de las luchas electorales, admite cualquier cosa si

se cumplen las normas y se llenan las urnas, éstas legitiman cualquier opción si tiene el suficiente número de papeletas.

De ahí vino, dice José Antonio, «el sistema democrático, que es, en primer lugar, el más ruinoso sistema de derroche de energías». Hay un alejamiento del joven Primo de Rivera que, años antes, el 16 de enero de 1931, dijo que «la aspiración a una vida democrática, libre y apacible será siempre el punto de mira de la ciencia política, por encima de toda moda». José Antonio no empleará más la palabra democracia de forma positiva. Su crítica posterior a la Alemania hitleriana fue por ser una superdemocracia. El 14 de agosto de 1934, en *Luz* escribirá: «el hitlerismo no es fascismo. Es antifascismo, la contrafigura del fascismo. El hitlerismo es la única consecuencia de la democracia, una expresión turbulenta del romanticismo alemán».

Ese derroche de energías, la referencia es clara: «Un hombre dotado para la altísima función de gobernar, que es tal vez la más noble de las funciones humanas, tenía que dedicar el ochenta, el noventa o el noventa y cinco por ciento de su energía a sustanciar reclamaciones formularias, a hacer propaganda electoral, a dormitar en los escaños del Congreso, a adular a los electores, a aguantar sus impertinencias, porque de los electores iba a recibir el Poder; a soportar humillaciones y vejámenes de los que, precisamente por la función casi divina de gobernar, estaban llamados a obedecerle». Ya no es crítica de concepto sino de la praxis del sistema. Es antiparlamentario. En este discurso no identifica a esos hombres ni dice cómo encontrarles. Pero sí habla de señoritos que sabrán ser señores.

Un análisis que sigue actual, ochenta y tantos años después. «Vino después la pérdida de la unidad espiritual de los pueblos, porque como el sistema funcionaba sobre el logro de las mayorías, todo aquel que aspiraba a ganar el sistema, tenía que procurarse la mayoría de los sufragios. Y tenía que procurárselos robándolos, si era preciso, a los otros partidos, y para ello no tenía que vacilar en calumniarlos, en verter sobre ellos las peores injurias, en faltar deliberadamente a la verdad, en no desperdiciar un solo resorte de mentira y de envilecimiento». Explica el presente, ha mantenido su certeza de un siglo a otro. Su veredicto es acertado aún hoy.

Expone su concepto de soberanía. «La Patria es una unidad total, en que se integran todos los individuos y todas las clases; la Patria no puede estar en manos de la clase más fuerte ni del partido mejor organizado». Ni dictadura de clase ni de partido. No especifica la forma de estado. ¿O sí y mira a Roma?

Es firme ante los actores de la sociedad civil y las vías de participación que pretende. Claro y tajante: «Que desaparezcan los partidos políticos. Nadie ha nacido nunca miembro de un partido político; en cambio, nacemos todos miembros de una familia; somos todos vecinos de un Municipio; nos afanamos todos en el ejercicio de un trabajo. Pues si ésas son nuestras unidades naturales, si la familia y el Municipio y la corporación es en lo que de veras vivimos, ¿para qué necesitamos el instrumento intermediario y pernicioso de los partidos políticos, que, para

EDICIÓN

unimos en grupos artificiales, empiezan por desunimos en nuestras realidades auténticas?». De nuevo antiparlamentarismo, al menos partitocrático. Tiene cierto aire comunitario al eliminar intermediarios orgánicos que se alimentan del sistema. Años después, en Corrales (Zamora), José Antonio denuncia la ineficacia de la partitocracia: «Mientras en Madrid los partidos se preocupan de unirse para asaltar el Poder, los obreros siguen sublevados ante el surco y siendo víctimas de las disputas de los que lo utilizan como temas de discursos». Lo novedoso es que ahí aporta un modelo alternativo ausente en el acto de la Comedia. José Antonio escribe: «Habrá una Asamblea de hombres de diferentes profesiones y oficios, donde defenderán sus intereses, y de esa forma se quitarán los intermediarios, verdaderos explotadores de la miseria». Una asamblea de trabajadores con representación por ramas de producción. En el número 2 de *FE*, Primo de Rivera asevera: «F.E. impondrá antes que nada: Primero. El Estado sindicalista; es decir, la única forma de Estado en que los Sindicatos obreros intervienen directamente en la legislación y la economía, sin confiar sus intereses a los partidos políticos parasitarios». En cualquier caso, en el paradigma joseantoniano la representación no se ejerce por los partidos políticos, que supeditan el interés de la parte al del todo, sino a través de los sindicatos.

La alternativa se bosqueja a gruesos brochazos, de forma casi impresionista. Pero queda fuera del discurso de la Comedia que ha sido el marco de estas líneas.

En 1935, en el discurso pronunciado en el cine Madrid, el 19 de mayo, el fundador de Falange Española comenzó hablando del asunto que nos ocupa hoy: «El acto de la Comedia, del que se ha hablado aquí esta mañana varias veces, fue un preludio. Tenía el calor y todavía, si queréis, la irresponsabilidad de la infancia». En efecto, porque el acto de la Comedia fue una fundación de lo que después se llamará, gracias a Julio Ruiz de Alda, Falange Española. Esa es la misión principal de José Antonio y no puede desligarse a la persona de su obra.

¿Han cambiado tanto las circunstancias? Sí. Pero el análisis global del sistema que José Antonio realiza en la Comedia sigue vigente: La crítica a llevarlo todo a las urnas, como la unidad de España, a suponer que de las mayorías sale el bien superior; la crítica a la democracia por el gasto de energías, al parlamentarismo; la crítica a los partidos políticos que se difaman entre sí, la crítica a la representación a través de los partidos; la opción de familia, municipio y sindicato descansando la representación en las dos últimas entidades.

Para José Antonio la unidad es lo deseable y la división el mayor de los males. Será posteriormente más preciso, más concreto. Anuncia que «la construcción de un orden nuevo la tenemos que empezar por el hombre, por el individuo, como occidentales, como españoles y como cristianos».

Con ánimo de adivinación...

Francisco Torres García
Historiador, escritor y profesor

Cada octubre, en un reiterado ritual –hasta estas páginas pudieran serlo–, a veces ajado, a veces trasnochado, quizás necesario, quizás innecesario, se acuerdan de aquella lejana fecha... ¡Como si nada hubiera acontecido desde entonces! Las mismas palabras... Olvidando los más que lo importante, lo trascendente, lo que debiera permanecer, es el fondo y no la forma; ignorando –¡cuán grande es la ingenuidad!– que el culto a la forma ha sepultado en no pocos hombres el fondo; teñidos en el recuerdo y el homenaje de una nostalgia de ideas apagadas, ecos lejanos de oportunidades perdidas. A pesar del tiempo, al final se repite, una y otra vez, el murmullo de las rememoraciones literarias, con prosa más o menos bella, de los renovados maestros en el arte del ensayo breve... La forma, la estética de las palabras, siempre acaba imponiéndose al fondo. Parece ser ese nuestro triste sino.

ESPECIAL

Nos gustan las frases rotundas. Esas que pueden esculpirse sin desdoro en mármol para aguardar ahí, petrificadas e inertes, una imposible eternidad; orladas, eso sí, con las justificaciones de quienes de tanto mirar hacia fuera no ha sabido dotarlas del hálito vital necesario.

Alzamos la voz, pero no escuchamos a aquellos que aún nos demandan, nos inquieren... aquellos que aún quieren saber algo de nosotros. Creemos en nuestra Patria como destino y como universalidad, pero acabamos entregándonos al más conservador de los nacionalismos. Antes que nada, España... pero nos dejamos seducir por la que no es nuestra España; a veces por miedo a que llegue este o aquel; en buena medida porque nos hemos dejado vencer por la mentalidad burguesa y su miedo a la pérdida de todo aquello que debiera ser superfluo; queremos ser revolucionarios y nos hemos hecho, sin saberlo, por debajo de las palabras conservadores.

La esencia era más importante que la existencia; el fondo nunca fracasa, sí la forma. Teníamos algo más, precisamente todo aquello que se ha ido quedando por el camino: una mística, un discurso atrayente, el pulso de nuestro tiempo... no nos asustaba la modernidad ni la innovación. Fuimos heraldos de la rebelión de los inconformistas frente a la inexistente rebelión de las masas, que por ser masa carece de ese espíritu de contestación. Hoy, quizás en el camino hasta el presente, la forma y la retórica han sepultado todo eso bajo la losa de la incomprensión...

sonamos a disco viejo de hace ochenta, cincuenta, cuarenta o treinta años. Reñimos más batallas con el pasado que con el futuro; nos hemos encerrado en las ebúrneas torres de la pureza y la autoconsunción y se nos ha olvidado lo esencial, ganar el corazón y la mente de nuestros compatriotas.

¡Cuántas veces hemos repetido aquello de que España había venido a menos por una triple división! La de los partidos –la casta, la corrupción, la partitocracia–, los separatismos y la injusticia social ¿Ha cambiado en algo el dictamen? Puede que los actores sean distintos pero el guión es el mismo.

Queríamos edificar un orden más justo pasando por encima de las miserias del capitalismo, detener la invasión de los bárbaros que con simpleza coyuntural identificamos con el marxismo o el comunismo, pero que anida en el corazón de los mercados, del capitalismo especulativo, de los poderes supranacionales y de la globalización. Hoy somos más ricos, vivimos mejor y hasta tenemos más oportunidades de promoción, pero las miserias siguen siendo las mismas. Ya no hay lucha de clases, el marxismo anda en su último estertor y los sindicatos no dejan de ser educadas correas amarillas del sistema partitocrático –son la síndicocracia–. Ya no hay lucha de clase, pese a las consignas que a veces pululan por los panfletos de los antisistema amamantados y domesticados por el sistema. Hoy vivimos ya bajo la dualidad de la oligarquía de los de arriba con su clientela político-económica y los de abajo que somos casi todos y muy pocos parecen dispuestos a cambiar ese orden siempre y cuando puedan comportarse como consumidores felices.

Presentimos en el horizonte los destellos de la desazón del hombre-número-consumidor que no quiere seguir viviendo en la alienación sistémica. Hemos visto en nuestras calles y plazas a jóvenes y menos jóvenes entonando una canción que nos suena mucho aunque la letra y la

ESPAÑA

música parezcan distantes. Recordemos que lo importantes es el fondo y no tanto la forma. Las formas son cambiantes, el fondo nunca. Hoy, una vez más, esos, los indignados, los descontentos, los rebeldes, comienzan a sentirse engañados y estafados pues les prometieron asaltar el cielo y los han sacrificados en el altar de los escaños. Sin embargo, el rescoldo aún late en quienes sueñan conscientemente con ideales por los que se pueda sacrificar la existencia.

Hemos sabido dar testimonio –nadie podría reprocharnos nada–, mantener un recuerdo; hemos seguido siendo, que no es poco, pese al canto de las sirenas en nuestro caminar hacia Itaca. Nos hemos dejado arrastrar hacia orillas que no eran las nuestras quizás abrumados por la desesperanza. En no pocas ocasiones hasta los nuestros o los próximos han pedido la «honrosa licencia»: «habéis cumplido, pero vuestro tiempo ha pasado». Incluso se ha pretendido el finiquito del rescoldo para salvar el arquetipo humano de quien ya solo es polvo bajo una losa, pero vive en la eternidad. Lo que, en el fondo, no es más que la última renuncia antes de la rendición definitiva. Quizás, por ello, haya llegado el tiempo de aceptar el reto de ser aquella nueva aristocracia que para España demandaba en sus escritos de la cárcel, la que sería capaz de levantar el espíritu de la rebeldía

Nota para el lector: Me pidieron un artículo sobre lo que en un actual 29 de octubre diría José Antonio. En su estilo nunca falto la crítica amén del análisis de la realidad y lo propositivo. Seducido por la «maravillosa» dialéctica de Marx no obvio la autocrítica para sí –la autoexigencia– y para su movimiento. Evidentemente es casi siempre la parte más ingrata, quizás por ello me haya decidido a plantearla.

Especulando con un imposible

Francisco Díaz de Otazú

Hay fuera de la ciencia histórica un juego, que algunos llaman futurible, otros a la inglesa los «if», en los que se plantea lo que hubiese pasado a partir de un hecho que no ocurrió. Por ejemplo si Napoleón vencido en Waterloo, Aníbal en Zama, etc. Igualmente puede ser de algún modo un juego especulativo fuera de la ciencia política y de la historia de las ideas el intentar proyectar el pensamiento de los autores fuera de su tiempo, sacándolos de su contexto del pasado para aplicarlos a la actualidad o al futuro.

Eso no quiere decir que no haya mensajes con validez intemporal, una vez pelada la cáscara de lo circunstancial. Pero para aplicarlos desde el pasado a nuestro tiempo, podemos correr el riesgo de ajustarlos a nuestra circunstancia e ideas. Salvando todas las distancias, bien podemos habernos encontrado sostenedores de un Jesús comunista, Mahoma feminista, Jaime I nacionalista catalán, y, por qué no, a José Antonio aceptando el capitalismo en esencia, los partidos... eso sí, conservando cierto encanto poético y literario entre Ortega y Garcilaso.

Nuestro personaje vivió en el mundo anterior a la IIGM. Su muerte tan prematura le circunscribe más que a muchos otros más longevos. En su mundo político las formas parlamentarias eran muy importantes, aunque denostase el parlamentarismo lo ejerció incluso con cierta afición. Ahora no hay tiempo, nadie convence a nadie con argumentos, y en un minuto de TV se reirían del preámbulo de cualquier perorata de Cánovas, Sagasta, Azaña o Gil Robles. Además estos dos eran muy feos y no habrían sobrevivido a la era de la imagen, en la que Aguirre y Primo habrían cosechado más éxito seguro. El Imperio británico era una gran cosa, y así lo recogía incluso el cine que le gustaba, aunque hecho por el nuevo imperio entonces en promesa y con un proyecto de dominación bastante diferente en las formas. El peligro absoluto era Stalin, y los moros e indúes eran simpáticos personajes para cine de jeques o serviles doméstico victorianos. El problema candente social era la propiedad de la tierra, y ahora ya casi no quedan jornaleros que no sean del per, ni aristócratas de dehesa que no sean del *Hola*. La galantería ante la mujer podía parecerle excesiva, y hoy se la han cargado entre nuestras feas alcaldesas, las femen y demás

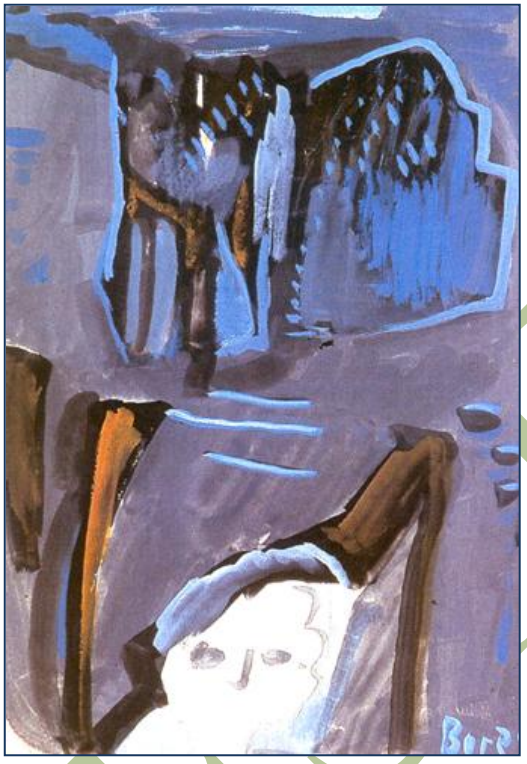
ESPECIAL

esperpentos. Había violencia política y sindical, pero más gallarda que el terrorismo actual, pues el que daba, a veces tomaba, pues la cobardía no había anegado toda capacidad viril. En España los extranjeros eran algún ingeniero o empresario europeo, numéricamente poco relevantes. El catolicismo teñía toda la sociedad; la mayoría lo practicaba mal que bien, y otros lo combatían de modo directo y feroz; estos últimos no aplaudían al Papa. Los curas como los militares, no caminaban de incógnito y había muchos más niños que ancianos. El asunto es que en este desordenado retablo, en el que deliberadamente no se toca nada tecnológico salvo la tele, podemos suponer que la sociedad ha cambiado más que en siglos anteriormente.

Para sacar a un hombre de su tiempo, decantando su mensaje, en el cedazo nos cae lo que refiere a aquello que ha cambiado sustancialmente. Y nos queda aquello que es intemporal, o, al menos, lo que alcanza a la actualidad como tema en vigor.

Deliberadamente me abstendré del concurso de citas, que otros dominan mejor y que en el medio de red resulta fácil para el interesado.

Las diferencias sociales han cambiado, ni siquiera es el proletariado el sector más numeroso, pero en algunos casos se han agrandado. Hay más paro, el campo pesa menos, y su gran problema no es el exceso de cultivo poco fértil por presión de población, si no, al contrario el abandono y el cultivo de la semilla más infértil, la subvención. La Unión Europea es algo bien distinto de lo que con lucidez especulaba para Europa ya en capilla José Antonio; aunque el papel de Alemania trocado sigue siendo importante, el que asigna al cristianismo está casi barrido.



China era algo exótico, un Fu-Manchú, dividido entre blancos, rojos y japoneses, demasiado lejano.

Los «bereberes» ahora tienen siete hijos y la mitad se vienen, y los «germánicos» uno, y no pocos gays. Si no hay milagro está cantada la segunda vuelta de la liga. El separatismo ha progresado mucho, y no es sólo un manejo de la burguesía catalana y vasca, si no que alcanza a la mitad de la población en unas regiones, a un embrión en otras, y a diferencia de la II República, no cuenta con un gobierno digno de ese nombre en Madrid para hacerle frente. La sociedad es más débil ante los recursos del estado de lo que lo era en el pasado, cuando diarios y radios vivían de sus clientes y de la publicidad privada, de modo que la censura había que ejercerla con tijeras y lápiz rojo. Ahora se presupone, si quieres sobrevivir.

Con el espíritu básico del mensaje de Primo, se puede apostar a que seguiría defendiendo un concepto de ser humano de base cristiana, mucho más amenazado que en su tiempo desde el punto de vista bioético. También defendería la unidad de España de un modo radical, defendiendo la igualdad de derechos para todos los ciudadanos, al margen de la inercia del territorio. Ningún tipo de concesión al privilegio, y compresión a las diferencias una vez asegurada la lealtad. Sin duda vería con simpatía un proceso de integración voluntaria con Portugal, y muy eventualmente con Puerto Rico y los restos de hispanidad que hayan sobrevivido. No sería antieuropeista, pero quizá se mostrase receloso de la burocracia de Bruselas y de su espíritu mercantil y pacato respecto a EE.UU. como proxeneta que puede mirar a Asia cada vez más y se canse de su tutelada, y respecto a Rusia, que se levanta con gallardía para bien o para mal. Lucharía para que hubiese pan y dignidad en todos los hogares de España, incluso para los que los han perdido. Aunque simpatizaba con Inglaterra, no admitiría ser aliado formal sin antes resolverse la vileza de conservar su Peñón clavado en nuestro corazón.

FISCAL

Sobre todo, José Antonio habría sabido ilusionar al resto de orgullo nacional e indignación en permanente estupor que queda en esta España, que casi parece un Ecce Homo. La flagelación que precede a la Cruz. Y la Cruz que precede a la Resurrección. Las almas la tienen prometida en el Evangelio. Las naciones y las culturas no, se la tienen que ganar siendo fieles a sus raíces, o sucumbiendo a la carcoma interior, mucho más nociva que la invasión de los bárbaros.

Un 29 de octubre vigente

José María Álvarez Cuartas

Hoy, como en el Teatro de la Comedia en 1933, se necesita que un español vuelva a alzar la bandera, que ilusione a un pueblo para defender poéticamente esos queremos del discurso fundacional que son la síntesis de los derechos inherentes a la dignidad de la persona, y que en la actualidad se masacran día a día por los poderes gobernantes que han puesto a su único y exclusivo servicio a las Instituciones.

Queremos menos palabrería liberal y más respeto a la libertad profunda del hombre, y el nefasto Régimen que padecemos niega no sólo la libertad del hombre, sino también al hombre mismo, pues lo contempla solamente en un sentido, como sujeto y objeto de relaciones económicas, olvidando que el hombre es portador de valores eternos, y así negando la integridad de la persona, cuerpo y alma, llevamos décadas atentando contra lo más profundo del hombre, en un pacto político para evitar su posibilidad de vida integral y su libre elección para llegar a su transcendencia.

Estamos ante un Régimen político, único por su maldad intrínseca en la historia de España, que tiene como objetivo encadenar el alma de los españoles y el alma de España, aplicando una interpretación de los derechos de la dignidad del hombre o si quieren de los derechos fundamentales de las personas, totalmente contraria a la dignidad de la persona, sustituyendo los derechos inalienables de los españoles fundamentados en la concepción cristiana (católica) de que todo hombre es libre e igual y otorgados por Dios desde nuestro nacimiento, que son derechos del hombre portador de valores eternos y por encima de cualquier norma constitucional, pues las constituciones desde la Declaración de los Derechos del Hombre de 1789 a la actual Declaración de Derechos Humanos de la ONU, no otorgan los derechos de la dignidad humana al hombre, sólo ponen ciertos «límites» interesados a las actuaciones despóticas y arbitrarias del Estado, interpretando esos derechos en contra del hombre mismo.

Y, así en la España actual, nuestro ordenamiento jurídico ignora que el hombre es portador de valores eternos, pues nuestra norma fundamental ya desde su preámbulo se limita a «cantar

ESPECIAL

derechos individuales de los que no pueden cumplirse nunca en casa de los famélicos», y que por supuesto no pueden ser invocados para su realización ante el tribunal político que culmina la ingeniería social del 78.

Estamos en el siglo XXI, y el discurso fundacional sigue tan vivo y lleno de contenido como aquel 29 de octubre de 1933, no era un programa de soluciones concretas, era la cristalización del pensamiento político español válido para aquel tiempo y para éste, que parte de una realidad que se sigue olvidando, la contemplación integral del hombre, cuerpo y alma, y su trascendencia. Ese contemplar a la persona como portador de valores eternos, es la única manera de plasmar políticamente la libertad profunda del hombre y sus derechos, el resto son historias y cuentos para «viejas», y conduce al desastre en que estamos inmersos.

Desde esa consideración del hombre íntegramente, surge la fuerza de la solución propuesta por José Antonio y la crisis del sistema parlamentario tal como lo conocemos; hoy como ayer, como siempre la legitimidad de los regímenes políticos se tiene que sustentar, no en ficticias mayorías parlamentarias, ni en constituciones que son papel mojado y que interpretan restrictivamente los derechos inalienables del hombre, sino en la fuerza de la razón, de esa razón atemporal y «eterna» que da sentido a la vida de los hombres y de la comunidad a la que pertenecen en una «irrevocable unidad de destino», que se proyecta más lejos que las estrellas que observamos en la noche clara y despejada de la tierra española.

Por eso, para que el hombre, pueda tener una «vida democrática, libre y apacible», tendrá que esforzarse en una nueva política y «mediante construcciones de contenido, el resultado democrático que una forma no ha sabido depararle», ese es el camino a seguir como proclamaba José Antonio aquel 29 de octubre, candidato entonces sin fe y sin respeto a las elecciones parlamentarias, pues sabía, como nosotros sabemos que el 20 de diciembre sólo se «disputan los restos desabridos de un banquete sucio», mientras millones de españoles no tienen hogar ni pan que llevarse a la boca, y por supuesto no tienen un trabajo digno que les permita realizarse como personas, ni tan siquiera nos dejan una unidad de destino común, un proyecto patrio para todos que nos ilusione, pues en esta sociedad cansada y decadente sus líderes han vendido la Patria a innombrables poderes extranjeros.

Sólo existe un camino para evitar el desastre al que nos han abocado, el marcado un 29 de octubre de 1933 en el Teatro de la Comedia de Madrid, tan actual y superador como en aquel lejano día, ya que parte y es para el hombre, desde su concepción hasta su realización en la vida terrenal y en la eterna, defendiendo la verdadera libertad de la persona individual y colectiva en la unidad de destino de la Patria para la que se proponen soluciones políticas para una política de contenido verdaderamente democrático, que hoy como en el 33, la vieja política y los viejos políticos nos siguen negando.

ESPECIAL

La Falange traicionó a José Antonio

Ceferino Maezstú Barrio

¿Qué puedo decir que no haya dicho ya? *La Falange que quiso ser de los rojos-rojos y de las JONS*, fue el libro en que conté lo que supe de cómo José Antonio evolucionó.

Radicalizándose por la izquierda revolucionaria, se definió políticamente. Es verdad que dijo no a Derecha tanto como a la Izquierda. Era el dilema de aquel tiempo. Pero ahora ¿dónde se le podría clasificar? Ni en el Teatro de La Comedia y mucho menos en el discurso del Cine Madrid, ante antiguos socialistas y gentes procedentes del PCE ofreció pruebas de lo que no quiso ser.

Ahora, pretendo, si es posible, para eliminar duda alguna, sobre todo a personas de camisa azul, contando algo que no dije y que merece contarse, quizás como complemento de lo que ya conté. Pero ¡que queda claro! José Antonio no fue de la Derecha, ni de Gil Robles ni de nadie de ahí.

Cuando le eligieron como Jefe Nacional, pudo aclararse definitivamente. Ya se fueron, o echó, los partidarios de su padre, los monárquicos de Alfonso XIII, los fascistas y los pronazis. José Antonio habló en el Cine Madrid, de su Revolución.

A Franco no le gustó y cuando Ridruejo leyó por los micrófonos de Radio Valladolid, lo que dijo en aquella ocasión, le detuvieron. A Pedro Durruti lo fusilaron por predicarlo y a Manuel Hedilla le metieron en la cárcel con una condena a muerte, con la que durante años, se le amenazó.

Franco y su cuñado Serrano Suñer y hasta Raimundo Fernández-Cuesta, sí que eran de Derechas y si José Antonio pudiera haber llegado a la zona «nacional» para intentar evitar la guerra, sin duda alguna, habría sido encarcelado o fusilado como «traidor», como lo fue el hermano de Durruti, militante avalado por José Antonio o como Álvarez de Sotomayor, antiguo líder de la CNT en Madrid, que fue jefe nacional de los sindicatos obreros de la Falange.

Franco no hizo nada por rescatarle, porque no era de los suyos, y dejó que lo matara una patrulla comunista en los escalones del patio de la prisión.

Carlos Juan Ruiz de la Fuente, que fue secretario de la Vieja Guardia, me contó su experiencia personal, cuando era un joven que ayudaba en la Nacional, de la calle Marqués de Riscal, y José Antonio le encargó: «A ti que no te conocen, vete al mitin de Gil Robles, en el Cine Madrid, y luego vienes y me lo cuentas».

Así lo hizo, y, cuando regresó, le dijeron que José Antonio había dado orden de que no se le molestase a la Junta política reunida. Carlos insistió y pudo entrar en la habitación. Contó lo que había escuchado y, cuando iba a marcharse, José Antonio le gritó: «¡Coño, siéntate que esto también te interesa a ti!

Aquel muchacho, que era del sindicato universitario (SEU), de la Escuela de Ingenieros Industriales, quedo asombrado y asustado por lo que vio y oyó. En el debate había dos posiciones radicales. Por una parte el grupo que encabezaba Raimundo Fernández-Cuesta, Secretario Nacional, contra José Antonio, Manuel Mateo y Julio Ruiz de Alda.

Cuando terminó la reunión, Carlos Juan, según me dijo, estaba convencido de que iba a producirse una nueva escisión. Los de Raimundo apoyaban el pacto con la Derecha filofascista de Gil Robles, mientras que, José Antonio no.

El Jefe Nacional, en sus declaraciones al periodista Jay Allen, el 24 de octubre de 1936 para el periódico *New Chronicle*. de Londres, dijo: «Si lo que hacen es únicamente retrasar el reloj, están equivocados. No podrán sujetar a España si sólo hacen esto. Yo defendía algo distinto; algo positivo. Usted ha leído el programa de nuestro nacional-sindicalismo, el de reforma agraria y todo lo nuestro. Yo era sincero. Podría haberme hecho comunista y haber conseguido popularidad».

¿Con quién contaba José Antonio para hacer su revolución si no era con Raimundo y, mucho menos, con la CEDA de Gil Robles y Ramón Serrano Suñer?

ESPECIAL

Aunque la Derecha seudo-falangista trató de oscurecerle, lo que José Antonio pretendió fue ganar a Indalecio Prieto y a Pestaña, a los socialistas no marxistas y a los sindicalistas no anarquistas, representados por ellos.

El socialista Julián Zugazagoitia, en el libro *Guerra y vicisitudes de los españoles,* dijo que a José Antonio «le habría gustado captar algunas personalidades socialistas» y hasta pensó en darle, a uno de ellos, la jefatura nacional de la Falange. José María García de Tuñón Aza, añade: El propio Prieto publicó en *El Socialista,* periódico del exilio, el 19 de marzo de 1949, bajo el título *Alusiones entre monsergas,* última página, lo siguiente: «No fue en 1931, sino en 1932, cuando en mi despacho del Ministerio de Obras Públicas, recibí la visita de don Ernesto Giménez Caballero que vino a ofrecerme la jefatura de la Falange Española. O era socialista como lo fue Mussolini, que procedía del Pueblo, y la Falange quería un Jefe».

Claro que era, quizás una iniciativa personal, pero síntoma de que algunos querían imitar lo sucedido en Italia.

Desde México, muchos años después, el 3 de septiembre de 1944, Prieto escribió a Eden, por entonces ministro británico de Asuntos Exteriores, diciendo: «Recuerdo que ha dado información detallada de mis múltiples entrevistas con el fogoso joven, víctima inenarrable y cuyo sacrifico condené, José Antonio Primo de Rivera». Y añadía: «¡Cómo quería refundar el Partido Socialista Español! ¡Cómo me alentaba para que yo recogiese lo más sano de lo que, en España, se llamó Partido Socialista y marcháramos juntos! ¡Cómo me hizo dudar! Pero vi que estábamos desbordados por los acontecimientos».

Fue el propio Eden quien lo difundió.

Sin ataduras

Enrique de Aguinaga
Catedrático

Tanto la izquierda como la derecha han petrificado a José Antonio (24 de abril 1903-20 de noviembre 1936) a fuerza de tergiversaciones y silencios. Digo izquierda y derecha más que como algo orgánico, como inmanencias de la pugna del poder.

La izquierda, de una manera mostrenca, ha reducido a José Antonio en la especie fascista, especificación que ha acabado convirtiéndose en mero insulto de quienes, por ejemplo, no han leído a Renzo di Felice. Quienes han estudiado algo saben que, frente a los apremios de su tiempo y, por supuesto, frente, a los rebuscamientos, José Antonio se negó ser fascista. Hay, pruebas abundantes y esenciales. Ahí está, sobrecogedor, su testamento que los filatélicos de la historia tapan con sus cromos.

Con el cromo fascista se tapa el José Antonio desconcertante: «En la revolución rusa.... van ya, ocultos y hasta ahora negados, los gérmenes de un mundo futuro y mejor» (17 de noviembre 1935). «No soy antimarxista si quiera, ni anticomunista, ni... antinada. Los anti están desterrados de mi léxico como si fueran tapones para las ideas» (14 de febrero 1936).

La derecha ha utilizado a José Antonio como coartada de modernización y lo ha identificado con todo un Estado, proscribiendo cualquier dato que perjudicase a aquella identificación. Con el cromo del orden se tapaban todas las incomodidades: «Se considera imprescindible que el nuevo movimiento insista en forjarse una personalidad política que no se preste a confusionismos con los grupos derechistas» (13 de febrero 1934).

Si la propuesta capital de José Antonio fue la síntesis y particularmente la síntesis de derecha e izquierda, hay que admitir su fracaso; pero en la estela de ese fracaso estamos viviendo, como vivimos de las resultas de tantos fracasos admirables. Tierno Galván confiaba en el futuro porque «en los campamentos dé juventudes de la Falange, medio millón de niños españoles han

ESPECIAL

sido educados en un culto a la justicia y a la igualdad de las clases» (30 de marzo 1977). Y hoy se considera que la izquierda sociológica proviene en buena parte de la utopía que los cromos no podían tapar.

Primero el perifollo y luego la losa han ocultando al José Antonio de la desarticulación del capitalismo, de la atribución de la plusvalía al sindicato, del empalme con la revolución republicana, de la nacionalización de la Banca, de la reforma agraria y, sobre cualquier accidentalismo, de la concepción de la persona como unidad fundamental, que esa sí que es su gran compostura.

Antes de los cambios, de las modernidades o de las transformaciones del modelo de sociedad fue la teoría de la revolución pendiente y su ironía sin conocimiento, sin «confrontar con serenidad las respectivas ideologías para descubrir las coincidencias» según escribe Indalecio Prieto, conmovido por la lectura de los documentos que José Antonio deja en la cárcel de Alicante y el propio Prieto conserva toda su vida. «Ya habrán visto que no nos separan abismos ideológicos», comenta José Antonio con los periodistas poco antes de que el Jurado le condene. Pero ya era tarde.

Con tiempo y tiempo, el conocimiento no ha mejorado. «Muchos de nosotros a la hora de enfrentarnos con el fenómeno de José Antonio nos hemos desahogado con la oda en vez de aplicarnos a la tesis doctoral» (20 de noviembre 1970). Tiene razón Campmany y asombra la ignorancia mantenida, como asombra que la Universidad española, que yo sepa, no haya producido una sola tesis, mientras que Payne y Couartou leían las suyas en las Universidades de Columbia y Burdeos.

Aún decantada la vena utópica del proyecto revolucionario de José Antonio, nos queda él mismo como arquetipo de la inteligencia de España, el legado intelectual y ético, la personalidad que Unamuno califica «tal vez el cerebro más prometedor de la Europa contemporánea» (14 de agosto 1936) y que, al leer las «Obras completas», deslumbra a Rosa Chacel: «Es increíble que España y el mundo hayan logrado ocultarlo tan bien» (28 de diciembre 1956).

Ya es tiempo de liberar a José Antonio de su secuestro. Ya es hora de transferirlo a todos los españoles como patrimonio general, sin manipulaciones, sin ataduras históricas, para una nueva confrontación en libertad, que nos pueda dar el valor actual de su pensamiento, la dimensión de su persona. Esta no es una idea repentina, una ocurrencia conmemorativa, sino la aspiración de veteranos campamentos y arduas travesías.

Patrimonio de todos los españoles tiene que ser la síntesis de José Antonio, su conciliación esencial que no sólo está dialécticamente en la superación de las dicotomías familiares, sino que se hace monumento de hombría al borde de la muerte: «Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vierta en discordias civiles. Ojalá encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas cualidades entrañables, la Patria, el Pan y la Justicia».

Esta es, creo urgentemente, la única nostalgia válida, no la nostalgia del pasado, sino, valga el retruécano, la nostalgia de nuestro futuro común.

ESPEC

Un breve comentario sobre el 29 de Octubre

Jesús Flores Thies

Se acerca el 82 aniversario del discurso de José Antonio en el Teatro de la Comedia, en ese lugar del que se ha quitado la placa que conmemoraba aquel momento auténticamente histórico. Y esto, la retirada de la placa, ya nos explica de forma rotunda lo que pasaría en este año si José Antonio volviera a hablar. Porque si se eliminó la placa y nada pasó, se aceptó, como se acepta todo lo que los depredadores del Patrimonio ordenan, de forma sumisa y sin chistar, posiblemente José Antonio no hubiera podido hablar el próximo 29 de Octubre.

Aquella España estaba en crisis, pero había españoles movilizables, sensibles a los males de España, que es algo que, si bien no podemos decir que ya no existen, sí podemos asegurar que es una minoría irrelevante. Y en aquel año, el peligro de quiebra de la unidad de España no tenía los niveles desoladores actuales. Nos imaginamos que hoy, de poder hablar, tendríamos a un José Antonio más duro.

La sociedad española ha llegado a niveles próximos al subsuelo, donde cualquier vileza, barbaridad o estupidez es acogida sin chistar, y a veces con sospechoso entusiasmo. Creemos que Jose Antonio exigiría la inmediata derogación de la «Ley de la Memoria Histórica», a la que calificaría de vileza legal, lo que provocaría que los organizadores del acto sufrieran la sanción y la correspondiente multa.

Son estos otros tiempos, otros españoles, llamándolos así para ahorrarnos explicaciones, con otros ideales basados en el consumo y en no salirse de lo políticamente correcto. Creemos que José Antonio se iba a encontrar un poco solo.

Y por respeto a algunos amigos, silenciamos la desunión entre los distintos y hasta numerosos grupos de Falange.

ESPE

29 de octubre

Luis Miguel Villegas

De tiempos de la falsificación interesada del pensamiento y la obra de José Antonio nos viene la costumbre, fea costumbre, de exaltar de un modo desmedido el Acto de Afirmación Nacional del 29 de octubre de 1933.

Lo primero que tenemos que afirmar es que el 29 de octubre de 1933 no se fundó nada. Y no se fundó nada por que no había intención de fundar nada. El 29 de octubre de 1933 se vislumbró el inicio de algo que con el tiempo podrá definirse como el preámbulo del pensamiento de José Antonio. También habrá que convenir que se vislumbra más ahora que en 1933.

El 19 de mayo de 1935 decía José Antonio: *«El acto de la Comedia, del que se ha hablado aquí esta*

mañana varias veces, fue un preludio. Tenía el calor, y si queréis, la irresponsabilidad de la infancia» **(J. A., *o. c* pag. 31). De *«acto preliminar»* de la constitución de la Falange Española, lo calificó José Antonio en sus declaraciones del sumario de Alicante el 10 de noviembre de 1936.**

No hay que olvidar, que ya en su tiempo Víctor Pradera, en la revista *Acción Española* puso en tela de juicio la novedad de lo que se defendía en el citado acto.

No es menos cierto, que en el acto reseñado, se respiraba «algo nuevo». Pero algo nuevo sin concretar, sin definir, vamos, buenas intenciones y… nada más.

Si el pensamiento y la obra de José Antonio se hubieran quedado en el mal llamado «Acto Fundacional», hoy no estaríamos hablando del Acto ni de José Antonio.

«*Sin él no se entiende la doctrina, la actitud y el Movimiento, pero sólo con él no podríamos recabar con plenitud de derechos la gloria de su nombre en las antologías de los grandes pensadores políticos o en la galería de los conductores»* (Adolfo Muñoz Alonso: *Un pensador para un pueblo*).

Pero… ¿por qué, para qué y por quién se ha exaltado hasta un paroxismo que raya más en la falsificación que en la realidad al José Antonio de 1933?

Al José Antonio de 1933 se le ha exaltado con la aviesa intención de ocultar y/o diluir al José Antonio revolucionario. Un José Antonio molesto para la derecha dominante en este país, que siempre vio en su pensamiento un peligro claro de sus mezquinos intereses. El José Antonio de 1933 era, mal que le pese a algunos, incoloro, inodoro e insípido. Vamos que el José Antonio de 1933 no era un peligro para la derecha española, sino que bien utilizado podía ser incluso un buen aliado, como desgraciadamente lo fue.

El José Antonio que se ha reflejado, es un José Antonio descafeinado, pálido, tal vez reformista, pero desde luego, no un José Antonio revolucionario.

Este José Antonio hábilmente «dulcificado» por el Régimen imperante –¡*el Capitán*!, ¡*el poeta*!, ¡*el fundador*!–, es utilizado para justificar el nacimiento de un Estado, con mucha música pero poca letra joseantoniana. Por otra parte también, y con idéntica intención falsificadora, antes y aún ahora, ciertos neojoseantonianos utilizan sin pudor alguno, ciertas partes de la doctrina –las que les interesan– para justificar ideologías más cercanas al pensamiento liberal que a la doctrina política de José Antonio.

Hábilmente se exalta al José Antonio del –repito, mal llamado– «Acto Fundacional» al tiempo que se pretende ocultar, y de hecho se oculta, al revolucionario del Circulo Mercantil, al del Cine Madrid o al de su Testamento. Se oculta o se deforma la evolución revolucionaria, que hace de José Antonio la figura señera que es, por encima de tiempos, modos y modas ideológicas, políticas y sociales.

Recuerdo con estupor en uno de los encuentros preparatorios para la celebración del centenario de José Antonio, un prócer del pensamiento joseantoniano, propuso sin pudor: «*Que teníamos que prescindir de la dimensión política de José Antonio y centrarnos en todo lo demás*». A José Antonio lo que le engrandece es su dimensión política, sin ella ¿de qué hablaríamos?: ¿del poeta?, ¿del abogado?, ¿del militar?

Como poeta no podríamos escribir más de una línea. Del abogado, por su edad solo apuntó maneras, como los toreros noveles. Del militar solo sabemos que hizo la mili y en un cómodo destino. Ahí está la consigna y la trampa: ¡No hablar del revolucionario!

Decía José Antonio: «*Que no se puede caminar por la política con la media docena de frases con las*

OFICIAL

***que han caminado pasadas generaciones*»; vayamos a José Antonio pero «*no para hacer lo que hacían los clásicos, sino para interpretar lo que harían los clásicos ahora*». Interpretemos lo que haría José Antonio aquí y ahora.**

***«El Discurso, en su estilo, suponía ya una denuncia de la política entendida como artificio de lo posible. En este Discurso, la política era considerada como ciencia, arte, estrategia y poesía de lo irrenunciable»* (A. Muñoz Alonso: *Un pensador para un pueblo*).**

Esta es una de las claves del momento actual. ¿Cómo entendemos la política?, ¿cómo arte de lo posible?, ¿cómo arte de lo irrenunciable?

Ante el alubión de partidos de corte populista, tanto de derechas como de izquierdas, que como Groucho Marx, tienen unos principios y si no gustan tienen otros. Que están dispuestos a acomodar en cada circunstancia su discurso a los gustos y modos del auditorio. Que lo mismo defienden la unidad de España que el «derecho a decidir» de Cataluña. Frente a esta concepción de la política como el arte de lo posible, José Antonio levanta la política como el arte de lo irrenunciable.

La fe como soporte de nuestro ser, el hombre con vocación de transcendencia, la justicia social como fin para lograr el bien común, la patria como proyecto sugestivo de vida en común, la política entendida como servicio honesto y desinteresado, el trabajo como derecho más que como deber, la educación, la sanidad, y la cultura como derechos y no como negocio…; para un seguidor del pensamiento de José Antonio es algo irrenunciable, y es por lo que merece la pena quemar la vida *«en aras de un gran ideal».* Y ¿qué mayor ideal que la Patria, el Pan y la Justicia?

En el momento actual todos, todos los grupos, grupúsculos y grupitos, conciben la política como el arte de lo posible, incluso, y esto es lo triste, los llamados joseantonianos. Se trata de ¿a ver que hacemos para que sea al gusto de los votantes? para poder arramplar con la mayor cantidad posible de votos que nos posibiliten alcanzar el poder. No se han enterado que no es el poder lo que hay que buscar, sino la libertad.

Se confunde tolerancia con apostasía. La tolerancia siempre será la virtud de los fuertes, pero la tolerancia no puede ser a costa de unos principios irrenunciables. Cuando en nombre de la tolerancia renunciamos a nuestros principios lo que estamos haciendo es apostasía, no tolerancia. Tolerancia siempre, pero no a costa de nuestros principios y menos por un puñado de votos o por el aplauso fácil de un auditorio vendido al son que se baile en esos momentos.

Antonio Imatz en *José Antonio: entre odio y amor* nos dice sobre el discurso del teatro de la Comedia:

> **Tras una crítica del fracaso de la democracia liberal, comenta el nacimiento, justo y necesario, del socialismo, desafortunadamente desviado hacía el materialismo marxista. A continuación, aborda la parte positiva. Defiende su movimiento, que califica de antipartido, ni de derechas ni de izquierdas, por encima de los intereses de grupos y clases. Finalmente, explica cuáles son sus medios y sus fines.**
>
> **1. La irrevocable unidad de destino de España.**
>
> **2. La desaparición de los partidos políticos, instrumentos perniciosos y artificiales.**
>
> **3. El respeto a los valores eternos de la persona humana.**
>
> **4. La participación del pueblo en las tareas del Estado a través de las unidades naturales de convivencia que son la familia, el municipio el sindicato.**
>
> **5. La defensa del trabajo de todos y para todos, a fin de que cada uno tenga una vida digna y justa.**
>
> **6. El respeto al espíritu religioso, clave de nuestra historia; pero con separación de Iglesia y Estado.**
>
> **7. Que España recobre resueltamente el sentido universal de su cultura y de su historia.**
>
> **8. El uso de la violencia, después de haber agotado todos los recursos…**

ESPECIAL

9. Una manera de ser…

Si es verdad, es un pórtico, pero un buen pórtico para empezar una andadura. Magnifica andadura sería si en vez de discutir «si son galgos o son podencos» los joseantonianos y los hombres y mujeres de buena voluntad y de acendrado amor a España y a la justicia se pusieran en camino *«en busca de la estrella».*

En este país, antes llamado España, somos muy dados a celebrar. Celebramos la constitución, celebramos el 29 de octubre, pero no se trata de celebrar, se trata de cumplir, de poner en pie. Sólo en la fidelidad en el cumplimiento se encuentra la verdadera y única celebración.

Hablemos del 29 de octubre de 1933. Pero que el 29 de octubre de 1933 no nos sirva para ocultar la verdadera dimensión que hace de José Antonio el revolucionario que fue capaz, y sigue siendo capaz, de enamorar a miles de españoles en la aventura, magnifica aventura, de una España unida en justicia, libertad y paz.

ESPECIAL